

1.° de Marzo de 1906. Año III. N.°. 53.

Cómo se nos roba, cómo se nos mata

Los «apaches» de París

Leyendo los periódicos franceses es como se ve la inseguridad de París en las altas horas de la noche, fuera de los grandes bulevares. Una verdadera falange de criminales, denominados *apaches*, esperan el momento de caer sobre el descuidado trasnochador que no sospecha le espera el despojo y acaso la muerte á la vuelta de cada esquina.

Comparada con París, nuestra Corte resulta una verdadera y plácida aldea, pues hay que convenir, en honor de Madrid, que apenas se registran atraques nocturnos y que el transeunte anda descuidadamente á cualquiera hora de la noche. Verdad es que la fuerza del 14° Tercio ejerce una vigilancia exquisita. Desde este punto de vista, llevamos gran ventaja á la capital francesa, que además de alojar en su seno millares de malhechores nocturnos, carece de la necesaria vigilancia y del conveniente alumbrado público.



Los *apaches* parisienses emplean diversos procedimientos para desbalijar á sus víctimas, pero el más corriente es el clásico *coup du père François*, practicado por los profesionales del ataque nocturno.

Este famoso atraco es el más común porque resulta de fácil realización. Antiguamente se verificaba por medio de una bufanda ó de un pañuelo de bolsillo, pero los criminales de hoy han perfeccionado el procedimiento, reemplazando la bufanda por un cordón de cuero trenzado, que ocupa poco espacio y es más sólido, haciéndolo manejable dos asideros diestramente dispuestos en sus dos extremos.

El atraco del *coup du père François* exige varios cómplices. El que se denomina «operador» ataca á la víctima por la espalda echándole el cordón por encima de la cabeza, de manera que le quede por debajo de la barbilla. Inmediatamente coge los dos asideros de su lazo en una sola mano, da media vuelta sobre sí mismo, se inclina hacia adelante y tirando de la cuerda, que ha descansado en el hombro derecho, se echa á la espalda á su víctima, paralizada, sofocada por la espantosa presión ejercida sobre su laringe. En esta angustiosa situación el hombre queda reducido á la impotencia. Entonces surgen los cómplices cuidadosamente ocultos en la sombra, y mientras dos de ellos desbalijan al infeliz el otro vigila la calle. Nuestro grabado da perfecta idea de cómo se realiza el atraco.

Concluída la odiosa operación, abandonan la víctima en medio de la calle, medio muerto ó muerto del todo. Si los bandidos creen que puede reconocerlos, concluyen con él despiadadamente á patadas ó á navajazos.

El *apache* procede también de otro modo: se dirige hacia su víctima como una flecha, asestándole con la cabeza un formidable topetazo en el estómago, ó dándole en el cráneo un golpe de maza. Cuando el atracado cae á tierra sin sentido, se le registra, y á veces le rematan, golpeándole la cabeza contra el borde de la acera.

Estos miserables *trabajan* también cuando son tres, disponiéndose de suerte que la víctima tenga cerrados todos los caminos, estrechando las distancias y cayendo al fin sobre

ella con las mazas enarboladas. Este procedimiento se denomina «el triángulo».

Miserables sin conciencia, para quienes nada significa la vida de un hombre, infestan de noche las calles de París, y son un verdadero peligro para el transeunte

Afortunadamente, podemos envanecernos de no cobijar la ralea que abunda en la capital de la vecina República, cuyos procedimientos y criminales instintos deseamos que no lleguen á traspasar jamás los Pirineos.

Historias penitenciarias ejemplares.

El hombre de la marca.

La marca, lo hemos dicho en otra parte, fué originariamente seña de esclavitud, pero en el sentido de justificante de la propiedad del dueño. Así se conserva en la ganadería; cada ganadero tiene su hierro ó marca para distinguir sus reses de las de otro ganadero.

La marca, aplicada penalmente, fué el primer procedimiento de identificación. Así como hoy en los casi leros judiciales (Registro central de penados y rebeldes) se conserva, dentro de la clasificación alfabética, la nota autorizada por el Tribunal respectivo de los antecedentes penales del que delinquió, y puede volver á delinquir, comprobándose de «se modo la reincidencia, antes se marcaba con esa misma intención, llevando el delincuente en su propio cuerpo su propio estigma.

En verdad que con el sistema de señalamientos antropométricos, se ha vuelto á algo de lo que la marca significó. La filiación puede ser cambiada y el cuerpo dura hasta que desaparece, y cuando desaparece ya no importa. Tomar las medidas del cuerpo, ó una simple señal del cuerpo, como la impresión de las papilas de los dedos, es como si el sujeto estuviese marcado, sin llevar marca alguna.

Pero una cosa es que la justicia, para los fines procesales y penales, adopte las mejores garantías, y otra que la marca legal, sea la que fuere, quede impresa de uno ú otro modo, como signo indeleble de condenación.

La justicia marchita, decía el Dr. Lacassagne. La justicia no debe marchitar, puede decirse con las finalidades del Derecho penal moderno y de los modernos procederes de reintegración social. La prisión corrompe, decía el mismo ilustre antropólogo. La prisión no debe corromper, sino todo lo contrario. De lo que mas se debe preocupar la sociedad es de que el crimen no sea indeleble; si lo fuera, el criminal seguiría siendo criminal, inevitablemente, y la delincuencia iría aumentando, cuando de lo que se trata es de que disminuya cada vez más.

En esto se han equivocado los que han querido interpretar la pena como una condenación y no han llenado los fines á que el sistema penitenciario aspira, porque la pena nunca puede ser un infierno, entendiéndola siempre como un purgatorio, no en el sentido escueto de la expiación, sino de la depuración.

El criminal depurado y transformado, pierde sus antecedentes y su misma naturaleza criminal, para volver á ser un hombre en aquellas condiciones que requiere la honradez y la utilidad de la vida, como lo demuestra la siguiente historia, intercalada en uno de los trabajos publicados por M. Maxime du Camp. (*Revue des deux mondes*, 15 de abril de 1887, pág. 857.)

"En 1849, un tal H... purgaba, en la casa central de Gaillon, una condena de diez años de reclusión. Era, en el lenguaje de la chusma, un caballo de vuelta. Había debutado de joven en el crimen, y no se había detenido. Se había colocado resueltamente en hostilidad contra las convenciones sociales; no era el más fuerte, y había sido vencido; y, no obstante sus sucesivas derrotas, renovaba el combate desde que volvía á la vida libre. Condenado, la primera vez, por bancarrota fraudulenta, había sufrido la *marca*, suplicio bárbaro tomado á la Edad Media, y que no desapareció de nuestros códigos sino después de la revolución de 1848. Llevaba, por lo tanto, en la espalda, la T. F. indeleble, que había reemplazado á la flor de lis que antes se ponía. Terminado su tiempo en el baño de Brest le dieron el pasaporte amarillo, y volvió al crimen y sufrió no sé cuántas condenas. En Gaillon era respetado por sus codetenidos, que admiraban su persistencia en el mal y le temían. Sus notas eran deplorables: «Muy peligroso, capaz de todo.» Capaz de todo, en efecto, y no debía tardar en probarlo. En esta época, M. Jaillant, que fué Director general de la administración penitenciaria en Francia, era director adjunto en la casa central de Gaillon. Un día que iba á los talleres, un recluso que le tenía mala voluntad, ó que simplemente encontraba desagradable el régimen de la prisión, se precipitó sobre él, armado de una lezna de guarnicionero; el golpe hubiera sido mortal. H... vió el movimiento del recluso, y por un arranque instintivo, se colocó delante de M. Jaillant y quiso desarmar al asesino. En la lucha, le atravesó el brazo de parte á parte. Conducido á la enfermería, mirando su herida, de la cual fluía la sangre en abundancia, dijo sonriendo: «¿Quién sabe?, tal vez sea la sangre mala que se va.» M. Jaillant pidió el indulto de H..., obteniéndolo sin restricción, es decir, con la supresión de la vigilancia de la alta policía y de la residencia obligatoria. Hace treinta y ocho años de esto; desde entonces, H .. no ha tenido una nueva caída. Lo han recomendado con solicitud, pero en ocasión alguna ha chasqueado las esperanzas de los que se interesaron por él. Ha ejercido diferentes oficios, puntualmente, al abrigo de todo reproche, y de todos los talleres en que trabajó salió con honrosos certificados. En cierta época estuvo parado y pasó grandes apuros; pero se mantuvo íntegramente, sin inclinarse en lo más mínimo á las malas acciones. La Sociedad de Patronato ya existía, y se presentó á ella; fué satisfactorio para él, porque conocían su aventura y la confianza que inspiraba, y de ello recibió un manifiesto testimonio. En una ciudad de provincia acababan de instalar, á costa de muchos gastos, una plaza, lugar de paseo y de juegos para los niños, y que exigía una vigilancia, á la vez activa y paternal. El puesto de guardián, convenientemente retribuído, era muy solicitado; gracias al Patronato, H... lo obtuvo. El que había llevado la chaqueta del recluso, vistió la casaca galoneada y se encasquetó el kepis con escarapela, y sintió las sacudidas del sable en su costado. El hombre que durante tantos años había combatido contra toda autoridad, se convirtió en representante de la autoridad, llevaba sus insignias y hacía respetar los reglamentos; fué impecable en estas funciones, que atrevidamente le fueron confiadas y que lo realzaron á sus mismos ojos. Ha sido el modelo de los vigilantes y las gratificaciones que la municipalidad le otorgó espontáneamente, han probado en qué estima se tenían sus servicios. Desgraciadamente, cuando la edad y la debilitación le produjeron el temblor senil, fué obligado á dejar la plaza en que había merecido tantos elogios. Vive todavía; está descansando en una casa hospitalaria que recibe á los ancianos indigentes y les da asilo hasta el fin de sus días. Es muy querido; no se dice nada de él, á no ser lo que respecta á su conducta ejemplar y á la influencia que ejerce sobre sus compañeros. Cuando surgen algunas de esas disputas, tan frecuentes entre viejos enfermizos, ó cuando se prevé alguna perturbación en los dormitorios ó en los patios, se dirigen al padre H..., que no vacila en ponerlo todo en orden. Es auxiliar benévolo de la dirección; es, en cierto modo, el juez de paz en esta población de la miseria y de la caduquez, y sus palabras conciliadoras arreglan las diferencias. Cuando la muerte le llegue, el mozo de la sala que envuelva su cadáver en la fúnebre arpillera, quedará sorprendido al descubrir en la espalda la impresión del hierro con que los verdugos estigmatizaban antes á los forzados."

Asociaciones secretas en Rusia.

La Hermandad de la Sangre. – La Hermandad de la Calavera negra. – La Liga Santa y La Salvaguardia voluntaria.

La *Hermandad de la Sangre* fué fundada en Varsovia por Krivorotenko y su esposa Vavara Kotiaquin, guapísima revolucionaria.

De los conciliábulos de esta asociación salen todos los amenazadores manifiestos que frecuentemente aparecen, sin saber cómo, en la misma morada del czar y de los grandes duques, á los que los asociados odian de muerte, dirigiendo siempre sus tiros al czar y á la familia imperial.

Krivorotenco, presidente de esta asociación, es hombre de escasa estatura, de frente alta y espaciosa, cruzada por una cicatriz Es, según cuentan, actor maravilloso, disfrazándose de modo tan ingenioso y admirable, que ni aun los mismos compañeros le podrían conocer.

Otra sociedad secreta, que dió mucho trabajo y disgustos á la policía del czar, fué la ya extinguida de la *Hermandad de la Calavera negra*, instituída por el judío polaco Kari Feist. Los asociados tenían marcadas á fuego en la planta del pie las letras del alfabeto griego *alfa* y *omega*. Las víctimas de esta Hermandad, aparecían invariablemente con un puñal clavado en el corazón y pintada en negro, sobre la frente, una calavera.

La aristocracia y la alta sociedad afecta al imperio de los czares, tuvieron por necesidad que organizar otras sociedades secretas para defenderse de las revolucionarias y contrarrestar sus planes criminales. La primera de estas asociaciones la fundó el gran duque Vladimiro y el procurador del Santo Sínodo Pobiedonostew, dándole el nombre de *La Liga Santa*. Era ésta una asociación secreta terriblemente reaccionaria, cuya misión consistía principalmente en guardar la persona del czar, combatiendo sin cuartel á los revolucionarios. Disponía de cuantiosos recursos. Como todas las sociedades secretas, tenía ésta sus contraseñas y signos misteriosos y también parece, y se supone, que dictaba sentencias de muerte. Afirma un célebre escritor ruso que *La Liga Santa* llegó á pronunciar tan terrible fallo contra tres personajes rusos.

Estas mismas exageraciones y excesos reaccionarios, fueron causa de la desaparición de *La Liga Santa*, porque la misma nobleza rusa llegó á temer viniese un día en que el czar, con sentimientos más liberales y expansivos, se inclinase hacia la tolerancia, y fuese entonces aquélla un arma á esgrimir contra dichas tendencias. Entonces formóse, por iniciativa del conde Voroutsov, otra sociedad secreta, titulada *La Salvaguardia voluntaria*, que teniendo igual fin que *La Liga Santa*, ó sea, guardar la persona del czar, procedía con más amplitud de miras y abominaba como inútil y peligroso el asesinato político. Poco tiempo duró, sin embargo, esta asociación, que sin duda fué sustituída por otra sociedad que quizá funciona hoy con más dureza para contrarrestar los planes revolucionarios.

Tantas son las asociaciones secretas que existen en Rusia, que no sería posible hacer, aun en líneas generales, una información de ellas. Ya MUSEO CRIMINAL se ha venido ocupando de ellas, dando preferencia á la que constituye la del *Nihilismo*, por ser la más terrorífica.

El suplicio de una mujer

Un ruso llamado Polovitch habíase casado en Budapest con una mujer hermosísima, que ignoraba los antecedentes de su marido, hombre de tan depravada conducta, que dió lugar á que su padre lo arrojara de casa. Pasados dos años logró reconciliarse con su familia, observando una conducta más regular, que le había permitido seducir á la joven, cuyos padres no encontraron inconveniente para concederle la mano de su hija.

Poco tiempo tardaron en arrepentirse. Polavitch se dió á la crápula más escandalosa, sosteniendo queridas y arrojando el oro á manos llenas. Un obstáculo vino de pronto á interponerse. La mayor parte de la gran fortuna de su esposa estaba fuera de su alcance, á consecuencia de un contrato queestablecía la separación de bienes.

El marido ideó un medio infernal, de una perversidad inaudita: mandó construir en su despacho una especie de jaula, que era una reminiscencia de las celdas en que Luis XI encerraba á sus enemigos. Luego metió en ella á su mujer, en camisa, poniéndole por lecho un poco de paja. Durante tres días no le dió á comer más que pan negro, llevando su crueldad hasta el extremo de colocar delante de la desgraciada una mesa llena de los más suculentos manjares, respondiendo á las súplicas de la pobre enjaulada:

—Fírmame la renuncia á tu fortuna y saldrás de tu encierro.

Y le designaba el papel, la pluma y el tintero colocados en el suelo al alcance de la mano. Al cabo de tres días, la desventurada no tuvo más remedio que rendirse y firmar el documento, en el que renunciaba á su fortuna en favor de su marido. Polovitch le abrió la puerta. Pero el inmundo personaje no ha podido gozar de su infame combinación. Su mujer ha promovido denuncia contra él, y el miserable marido está en la cárcel esperando el fallo de los Tribunales, que seguramente será tan severo como merecido.



Estafadores y timadores

Hace pocos días se descubrió en Madrid una vasta sociedad de estafadores por el antiguo, desacreditado y siempre eficaz timo del «entierro», que, aunque corre parejas con el famoso de «los perdigones» ó «del portugués», lo cierto es que aún encuentra *clientes*.

Momentos antes de entrar nuestro número en máquina, nos enteramos del magnífico servicio prestado por el jefe de la línea de Villarrobledo (Albacete), don Rafael Aguilar Paredes, que, auxiliado por los guardias José García Moya y Antonio Cebrián Cifuentes, ha descubierto una sociedad de estafadores que venía hace tiempo pidiendo géneros á diversas casas productoras, fingiendo un membrete de comercio establecido en Segura de la Sierra (Jaén).

La importancia del descubrimiento podrá apreciarse diciendo que son innumerables los comerciantes estafados, y que el valor total asciende á más de 30.000 duros.

La combinación, en cuyos detalles no podemos entrar por la premura del tiempo, estaba admirablemente tramada, y á no ser por la perspicacia de la Guardia civil, los estafadores de Orcera hubieran seguido durante mucho tiempo practicando su lucrativo negocio con la mayor impunidad.

Malhechores capturados por la Benemérita.

En el pueblo de Guesnada (Burgos) han sido capturados por la Guardia civil los criminales Segundo García Mateo (número 1), de treinta y seis años, de oficio quincallero, é Hilario Cabrero Rodríguez, (número 2), de cuarenta y seis.

Estos sujetos tenían consternada á la comarca por sus constantes y audaces robos, entre los que se cuentan los perpetrados el día 23 de enero al párroco de Navares de Ayuso, D. Leonardo Sanz, y al de Piqueras (Soria), el 8 de febrero.

El mismo día efectuaron otro latrocinio en Miño de San Esteban.

La práctica de este importante servicio se ha realizado bajo la dirección del digno teniente de la Guardia civil D. Ildefonso Blanco, secundado muy eficazmente en sus pesquisas por el sargento Mateo Isidoro Mayor, cabo Celedonio Silvestre Bariandrés, que son los que figuran en nuestro grabado; y por el guardia primero, Daniel Vallejo Barrio, y segundo, Angel Molinero Molinero, que son los que han hecho la captura de los pájaros de cuenta.

En el momento de apresarlos se les ocuparon dos caballos, un cuchillo puñal automático, dos pistolas cargadas, un bastón escopeta, un reloj de oro y 240 pesetas.

Es muy elogiado este servicio que ha prestado la Benemérita, gracias á la cual ha vuelto á renacer la tranquilidad entre los pacíficos habitantes de aquella comarca.



Cocido vivo en una caldera.

El conde de Alviglia tenía que dirigirse, para asuntos particulares, á Córcega (Italia), su país natal, de donde faltaba hacía veintitrés años. Los periódicos locales anunciaron el viaje del conde, que apenas llegado á su finca recibió la visita del doctor Rospigliesi, antiguo amigo del aristócrata, que ante las muestras de afecto que aquél le prodigara, no vaciló en aceptar el almuerzo que le ofreció en su casa.

El «menu» fué suculento; los vinos abundaron, y el conde prodigó las libaciones, pues el anfitrión consideraba como un insulto la continencia en la bebida. A los postres, el convidado sintió que le invadía el sueño.

Cuando despertó encontróse en una situación extraña; hallábase amarrado, con una mordaza en la boca, y frente á él, sentado, el doctor Rospigliesi, que le miraba con sonrisa de odio, y le dijo:

—¡Al fin te tengo en mi poder! Hace veintidós años que vivo con esta esperanza. Ya sabes por qué: Yo era tu mejor amigo; tenía una mujer á quien adoraba; tú me la quitaste... Murió ya, y ahora voy á mandarte á que te reunas con ella en la otra vida.

Cargando á sus espaldas al conde lo transportó á una cocina donde tenía preparada una enorme caldera, en donde colocó al desventurado, y llenándola de agua, puso debajo un montón de leña y le prendió fuego.

— Quiero que mueras como tú me has hecho sufrir: lentamente.

El fuego no era bastante fuerte para que el agua hirviese pronto.

El conde tenía tiempo sobrado para darse cuenta de la horrible agonía que comenzaba para él; de vez en cuando el verdugo alimentaba el fuego con un tronco de leña.

El agua empezaba ya á hervir, la temperatura se hacía insoportable. De pronto el médico cayó á tierra; la alegría de su venganza satisfecha le había matado.

El conde pudo escapar de la muerte, pues el fuego se extinguió falto de alimento, y el paciente escapó de la horrible aventura sin más consecuencias que el susto y el prolongado baño á tan diversas temperaturas.

Robo á la nitroglicerina.

He aquí el procedimiento empleado por los ladrones norteamericanos para fracturar las cajas de caudales.

Estos bandidos *modern-style* han ideado hacer saltar las cajas de caudales inyectando, por medio de una jeringuilla, bien en la cerradura, bien en los intersticios que existen entre la puerta y el cuerpo de la caja, nitroglicerina, que hacen luego explotar por medio de una pila eléctrica de bolsillo.

Para contrarrestar tan maquiavélico procedimiento, los constructores se afanan por confeccionar cajas de caudales de tan perfecto ajuste que sea imposible introducir en ellos ni un átomo de sustancia explosiva.

No obstante, los malhechores continúan poniendo su mente á contribución para conseguir nuevos recursos, y no es el primer caso de haberse empleado para hacer saltar la cerradura pequeños cartuchos de dinamita, que producen muy poco ruído, amortiguado por los colchones que los malhechores colocan encima.

Los bandidos mejicanos

El nombre de «apaches» que se adjudica á los malhechores de París, que hoy presentamos en nuestra primera plana, procede de los antiguos salteadores mejicanos, el último de cuyos jefes fué un tal Jerónimo, que había asesinado más de 300 personas, y fué preso en 1889 por un capitán de caballería de los Estados Unidos.

Este Jerónimo había sentado sus reales en terrenos fronteros con Méjico y los Estados Unidos, para poder correrse al Norte ó al Sur, según era perseguido por los soldados de una ú otra nación. Este juego hubiera durado mucho tiempo si las vecinas Repúblicas no hubieran llegado á un acuerdo, para que sus respectivas tropas pudieran franquear la frontera, en persecución de los «apaches». Al cabo de una persecución que duró treinta y cinco días, Jerónimo tuvo que entregarse al capitán yanqui, cuyo Gobierno, en vez de la prisión perpetua ó de la horca, le concedió una granja y una pensión vitalicia, como premio á sus *virtudes*. Los yanquis tienen una moral muy rara.

La importante captura no libró á los mejicanos del bandidaje. Las casas de campo eran desbalijadas, las diligencias asaltadas, los hombres asesinados y las mujeres vilmente atropelladas, delante de sus maridos, atados á los árboles. A este suplicio moral sucedían espantosas torturas físicas: los indios les cortaban las plantas de los pies, obligándoles á caminar detrás de los caballos; luego los mataban lentamente en medio de atroces sufrimientos. Todas estas fechorías, que antes se atribuían á Jerónimo y sus secuaces, se averiguó las



cometían los yanquis, y el Gobierno adoptó la resolución de deportar á la península de Yucatán á las familias de los sospechosos. Un día los habitantes de Guaymas, que presenciaban el embarque de una partida de malhechores, vieron en las alturas que dominan el puerto á unos cuantos indios que decían adiós á los deportados, agitando trozos de tela.

Aquella misma noche era asaltado el carruaje de unos alemanes y asesinados los viajeros, menos uno, que logró huir y dar á la policía las señas precisas de los foragidos. Preso aquella misma noche uno de ellos y descubiertos trece de sus cómplices, fueron juzgados en juicio sumarísimo y condenados á muerte, especificando que la ejecución se llevaría á cabo en el mismo lugar del asesinato.

Los condenados debían ser ahorcados, pero no se iban á levantar 14 horcas para aquellos miserables. Bastaba con una rama de árbol.

Llegados al lugar de la ejecución, se pasó una cuerda por encima de un árbol; uno de sus extremos rodeaba el cuello del condenado en nudo corredizo bien enjabonado; el otro extremo se ataba sólidamente á la silla de un gendarme, quien, una vez terminados los preparativos, picaba espuelas á su caballo, que daba una arrancada y salía á galope. La cuerda se distendía bruscamente, y el criminal, arrancado del suelo, moría estrangulado.

A éste seguía otro y otro; pero considerando lenta la tarea, se concluyó por fusilarlos en masa.

Añadiremos, por el buen nombre de Méjico, que esto sucedía antiguamente, cuando no se podía viajar más que en carabana, bien armados. Hoy, únicamente las orillas del río Yaki dejan de ofrecer seguridad al viajero.

Desde que el general Porfirio Díaz se encargó del Poder, todo ha cambiado, gracias á un excelente Cuerpo de Gendarmería, bravo y temido. Los gendarmes aplican la terrible *Ley de Fuga*, que permite hacer fuego contra todo aquel que no obedezca la intimación de un agente de la autoridad. Dícese que se han cometido algunos abusos al amparo de esta ley; pero lo cierto es que ha concluído con el bandidaje. Hoy resulta menos peligroso viajar por los campos de Méjico que explorar algunos terrenos excéntricos de París, Londres y demás grandes capitales europeas, donde el «apache» reina como dueño y señor de vidas y haciendas.

Para dar mayor extensión á los MISTERIOS DE LA INQUISICION, que tanto interés despiertan, en obsequio de nuestros suscriptores publicamos el presente número con doce páginas, ó sean cuatro extraordinarias.



—¡Bravo, Culebrina! —dijo apretando vivamente la mano de la serena.—Eres una buena y digna hija, el maestre te recompensará.

—Eso no; sólo de ti quiero la recompensa.

—¡De mí!—dijo el guapo sorprendido—; habla, ¿qué quieres? Juro por la Virgen de los Dolores concederte lo que me pidas.

—Manofina—díjole ella suspendiéndole de un brazo con un gracioso movimiento de cariño femenino—, te pido el perdón de don Esteban de Vargas.

—Culebrina—dijo el guapo con pesar—, me pides un imposible. ¿Qué te importa la muerte de ese joven caballero?—añadió con aire receloso.

—Es preciso no «obscurecer» á los que se aman bien—respondió la serena—; y la hija del gobernador moriría de sentimiento si le mataran á su futuro, como hubiera muerto yo esta noche si te hubiesen ahogado á ti, Manofina.

—No puedo prometer eso—respondió el guapo, enternecido y embarazado á la vez, porque no quería faltar á lo que él llamaba su deber, y se afligía al pensar que no podría complacer á la que él amaba.

Bajó la serena la cabeza y púsose á llorar.

—No llores así, alma mía—dijo el guapo estrechándola tiernamente entre sus brazos—; veremos lo que podemos hacer.

Mientras tanto, Coco y Cuerpo de Hierro habían retirado del coche á Dolores, aún desmayada.

—¿Qué haremos de esta señorita?—preguntó Manofina aproximándose á Coco.

—Seguidnos y «vigilad al grano»—contestó el alguacil.

Y tomando la delantera con Cuerpo de Hierro, encaminóse Coco hacia la casa del apóstol, situada en la otra orilla del Guadalquivir.

Siguiéronles á alguna distancia Manofina y la serena, prontos á defenderles de las nuevas emboscadas de la Inquisición.

V

Una colación de frailes.

Era el palacio del gran inquisidor Pedro Arbués, un inmenso edificio morisco, habitado antiguamente por el rey de Sevilla. Atravesando magníficos jardines plantados de las más hermosas flores y árboles raros, llegábase á un pabellón aislado, que en otro tiempo servía de sala de baños. El voluptuoso Arbués le había dado otro destino muy diferente.

Lejano aquel pabellón de la habitación principal, y como perdido en un espeso ramaje, era el sitio ordinario de las alegres reuniones del gran inquisidor y sus favoritos. Obispos y frailes, gente disoluta, exhalaban furiosos en sus noches de orgía el ardor brutal que les devoraba, tirando, como una vestidura demasiado pesada, la sujeción del báculo ó de la capilla, y soltando la rienda al espíritu de disolución, que se desencadenaba entonces en obscenas fantasías, en silenciosas palabras, en increibles y gigantescas fanfarronadas que sobrepujaban á cuanto podía concebir la imaginación de un lego.

Estos frailes reservaban para sus escenas nocturnas todo el fuego de sus pasiones. Era cada una de esas escenas, como un torrente irritado por los obstáculos que encuentra y que crece á cada paso con las inmundicias que arrastra: cuando faltaba otro pábulo á las imaginaciones desenfrenadas, se divertían confeccionando las bárbaras leyes de la Inquisición, código monstruoso, al cual cada nuevo inquisidor añadía algunos artículos más feroces cada vez: monstruo horrible, nacido de adúlteros partos, que, como los hijos de Antea, procuraba escalar el cielo.

Estos hombres tenían una necesidad tan grande de emociones bárbaras, que sólo en el derramamiento de sangre y en las hogueras encontraban el medio de satisfacer sus deseos. En ellos el demonio se había hecho carne, y podría creerse que después de la encarnación de un Dios bajo la figura de Cristo, vino la encarnación de todos los espíritus infernales en la persona de los inquisidores.

Algunos, se nos dirá, fueron fanáticos de buena fe. Léase la historia de la Inquisición, y veremos lo que se nos podrá contestar, pues que esa horrorosa institución creada por la política de los papas, tolerada y protegida en España por la política de los reyes, no desmintió su origen, y todos los agentes de ese poder inicuo, fueron inicuos como él.

Eran las doce de la noche.

En medio de una sala del pabellón solitario que había en el palacio inquisitorial, elevábase una suntuosa mesa. El cielo raso de esta sala estaba sembrado de exquisitos arabescos, obra preciosa de los artistas moros. Sobre las paredes, brillantes pinturas representaban toda clase de frutos y flores, imitando la naturaleza, y contenían cuadros que el gusto artístico de los inquisidores había adornado con las escenas más voluptuosas de la mitología pagana.

Estaba Clycia medio desnuda, acostada sobre un lecho de flores, ardiente y enervada á la vez, volviendo hacia el sol sus ojos enardecidos de aspiraciones amorosas. El licencioso Júpiter, gozándose en las olas cerca de Leda, bajo la forma de un cisne, expresando en la actitud más desvergonzada el ardor de los placeres que le devoraba; finalmente, la grande prostituta Venus, estaba en todos los visos de su vida licenciosa y libertina. Habría sido preciso ser un santo para permanecer tranquilo en presencia de todas estas pinturas obscenas, destinadas á alimentar las pasiones sensuales de los señores inquisidores. Un rico mosaico de mármol formaba el pavimento de aquella sala, y sobre una mesa colocada en el centro, se veían los frutos más raros, los manjares más exquisitos con grandes vasos de cristal de roca y de porcelana de China.

El jerez, la tintarrota, el málaga, la vainilla recién llegada de América: todos estos vinos ardientes, circulaban con profusión entre los convidados, obispos almizclados y frailes alegres, presididos por su eminencia el gran inquisidor de Sevilla.

Una alegría loca y algo mística animaba todos aquellos rostros sombríos y ardientes. Los ojos de Pedro Arbués, sobre todo brillaban, con un fuego insólito: las angustias del deseo y de la incertidumbre mezclaban su corrosiva acritud á la ligera embriaguez del gran inquisidor. Las cabezas estaban exaltadas; sin embargo, aun poseían el uso de la razón, y no se habían invertido todavía los rangos; cada cual permanecía en su sitio, y un tinte de pudor monacal enfrenaba aún la libertad de los discursos.

El señor de Arbués fué el primero que se cansó de esta sujeción.

—Sabéis, padres míos—exclamó con voz ligeramente avinanada—, que el portero del cielo (el papa) forja de continuo nuevas llaves para guardar con más seguridad las avenidas de este hermoso reino, y aumentar para nosotros las alegrías de la tierra. He aquí la Inquisición establecida en Portugal y pronto no habrá un solo punto del globo en que no se extienda nuestra dominación.

—Tanto mejor- dijo el arzobispo de Toledo: —la Inquisi-

ción es un molino donde el mal grano que se aplasta se cambia para nosotros en hermosos doblones.

—Y los doblones en alegría celeste, en deliciosos festines—dijo un prior de dominicos que tenía el rostro furioso y los ojos inflamados.

—Tanto mejor—replicó el arzobispo;—que más vale ser inquisidor que papa y que portero del paraíso, que se llama; nuestro maestro es, á lo más, sólo el intendente de nuestros pequeños placeres.

—¡Pues qué!—dijo un fraile hermoso como una muchacha, y favorito de Pedro Arbués:—¡si es tan viejo un papa! ¿De qué sirven los bienes de este mundo cuando ya no se puede gozar de ellos?

—Más vale ser novicio en convento de dominicos, ¿no es verdad, José?—dijo el gran inquisidor acariciando con su blanca mano la cabeza del joven novicio.

—Más vale ser humilde esclavo de vuestra eminencia—replicó el joven religioso con fingida humildad.

—El papa siembra y nosotros vendimiamos—dijo alegremente el arzobispo de Toledo;—y mientras que él bosteza con los cardenales, nosotros cogemos en el campo de Citeres todas las hermosas flores del amor que encontramos á nuestro paso.

—Yo ni aún tengo el trabajo de bajarme para cogerlas—dijo el obispo de Málaga;—pues la priora del convento de carmelitas descalzas se encarga de este cuidado por mí, y me ofrece las primicias de las mejores flores de su jardín.

—Yo—dijo el prior—prefiero cogérmelas yo mismo: cuando mi buena estrella conduce á mi confesonario jóvenes y lindas penitentes, raras veces estas flores se vuelven sin ser deshojadas; sólo perdono á las que han cumplido treinta años.

—Yo aun no me tomo de mucho tanto trabajo—dijo el arzobispo de Toledo;—cuando me gusta una mujer, la hago robar buenamente por la sociedad de la Garduña



—¡Util institución!—dijo el gran inquisidor—que debemos proteger con todas nuestras fuerzas, señores. El día en que la cofradía de la Garduña dejase de existir, ya podríamos despedirnos de nuestros placeres y nuestras venganzas; sería preciso que nosotros mismos obráramos, con grave compromiso de nuestros intereses.

—¡Bah!—exclamó otro inquisidor—¿nada valen los familiares del Santo Oficio para los raptos nocturnos y los asesinatos clandestinos? Un familiar es discreto como la muerte, y todo lo puede hacer impunemente, porque la palabra «Inquisición» es la garantía de todos sus actos; nadie se atreverá á murmurar de ella.

—¡Pobres gentes!—dijo Pedro Arbués inclinándose al oído del novicio, cuya palidez profunda contrastaba con la alegría de sus maneras;—¡pobres gentes! Están más embriagados de vanidad que de los vinos que se les prodigan.

—También vuestra eminencia es el maestro de todos—dijo en voz baja el novicio;—vos sabéis conservar vuestra razón en medio de la orgía, y hacer con serenidad todo lo de que ellos se jactan en la embriaguez.

La algazara de las voces no dejó oir esta conversación en voz baja.

—Enríquez no viene—dijo el inquisidor con inquietud;—José, ¿conque tú no le has encontrado en el puente de Triana?

—No; he juzgado más prudente dejarlo solo; pero tranquilizáos, señor: Enríquez es fiel.

—¿De qué hablais, señores?—preguntó Pedro Arbués, dirigiéndose á los obispos de Málaga y Toledo.

—Señor—dijo el arzobispo—,hablábamos de las hermosas mujeres que pesee vuestra ciudad de Sevilla, y yo sostenía al obispo de Málaga que la más bella de todas es Dolores Argoso, la hija del gobernador.

Arbués hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Oh! aquella es una ciudadela inexpugnable, la he oído dos veces en confesión, y la supongo algo infecta de herejía; disputa como un discípulo de Lutero.

—¡Qué hermosa herética para ser quemada!—dijo el obispo de Málaga.

—Del fuego del amor, queréis sin duda duda decir—replicó el arzobispo de Toledo—; esta sería una conquista digna de su eminencia.

—Nada más difícil podéis proponerme—dijo Pedro Arbués con una sonrisa llena de satisfacción.

—Su eminencia retrocede—dijo el prior de los dominicos.

—No retrocedo—contestó el inquisidor dirigiendo una mirada orgullosa á la asamblea—; pero para complaceros no quisiera verdaderamente hacer tan poco, padres míos.

—¡Con esto estamos satisfechos!—gritaron en coro todos los convidados.

En este momento se abrió una pesada mampara de seda, y se acercó al gran inquisidor un familiar.

—Señor—dijo—, Enríquez pide ver a vuestra eminencia.

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de Pedro Arbués.

—¡Mis señores! el diablo os ha servido á satisfacción; vais á ver la hija del gobernador.—Volviéndose después al familiar, le dijo—: Enríquez puede entrar.

El familiar desapareció.

Todos los ojos se dirigieron hacia la entrada de la sala del festín.

—Señor--prosiguió Arbués volviéndose hacia el arzobispo de Toledo—, os pido cien días de indulgencia para este buen Enríquez, que nos trae la hija del gobernador; es el mejor servidor de la muy santa Inquisición.

Apenas acababa Arbués de pronunciar estas palabras, volvióse á abrir la mampara y entró el «buen» Enríquez, pálido, sangriento, mojado de agua, pero solo, y pudiendo apenas sostenerse.

—¿Qué es esto?—dijo el inquisidor sorprendido.

—Mi señor—respondió el familiar con débil voz—, todos nuestros esbirros han sido asesinados, nos han robado la hija del gobernador, y con mucho trabajo me he salvado á nado para venir á daros parte de lo que pasa.

Todos circuyeron entonces á Enríquez, que refirió con voz débil los acaecimientos de la velada. Durante esta relación, los ojos del gran inquisidor chispeaban de cólera.

—Todos habéis sido, pues, igualmente cobardes—dijo con horrible sarcasmo.

—Todos hemos hecho lo que hemos podido para cumplimen-

tar la voluntad de vuestra eminencia—replicó tímidamente Enríquez.

—¿Y Frasco?—dijo Pedro Arbués.

—Muerto, señor; muerto como los demás—respondió el familiar, que ignoraba la huída de los dos primeros esbirros.

Enríquez, debilitado por la pérdida de sangre, por su baño improvisado en el Guadalquivir, por las emociones de la velada, no resistió á este último golpe. Dobláronsele las piernas y cayó privado de sentidos.

Llamó Pedro de Arbués con la campanilla, y aparecieron dos criados.

—Llevéos á este hombre—díjoles con indiferencia.

Después, volviéndose á los convidados:

—¡A la mesa, señores! Y terminemos la noche tal como la hemos principiado.

Los frailes y los obispos fueron á tomar sus asientos, y volvieron á circular los licores. Pedro Arbués rabiaba interiormente, y se deshacía en loca alegría, en palabras vivas y mordaces.

José, su favorito, le miraba con imperturbable atención: el novicio aun estaba más pálido que de costumbre, y en sus ojos negros y flamígeros relumbraba una lúgubre ironía.

—José—dijo Arbués inclinándose al oído del favorito—, esta velada costará cara al gobernador de Sevilla.

Un pensamiento lleno de amarga alegría se dejó ver sobre la frente del novicio, y no quedó invisible para el inquisidor.

Prolongóse la orgía hasta la madrugada.

IV

La casa del hereje.

La morada del «apóstol» era una choza aislada en medio de una huerta bañada por las olas del Gualdalquivir. Era el «apóstol» uno de aquellos frailes predicadores y confesores; que, aunque seguían libremente la regla de la orden que habían abrazado, no pertenecían á ninguna corporación religiosa.

Era el mismo que hemos visto en la taberna de la Chapa.

Había escogido aquel humilde retiro donde iba á descansar de sus trabajos apostólicos, y que por lo distante de la ciudad y su inmediación al río, hartas veces sirviera de refugio á las víctimas de la Inquisición.

Era el día después del en que habían acaecido tantos sucesos en una misma velada.

Estaba Dolores sola en el aposento que le servía de asilo. La noche empezaba á caer, y cubriendo los objetos de un tinte pálido, daba al río el aspecto de una larga cinta de mué.

A pesar de la fresca brisa que soplaba fuera, Dolores abrió la ventana, y separando con su blanca mano los largos cabellos que ondeaban á la merced del viento sobre su rostro, presentó su frente serena y ardiente á este soplo recio y helado.

Una terrible desesperación oprimía su alma; sus ojos estaban hinchados de lágrimas, y las venas azules surcaban aquel rostro de mármol.

En vano recurriera al cielo en el profundo dolor que la privaba de la razón; en vano el ángel que lleva á los pies de Dios la ardiente expresión de nuestros males y nos entrega en cambio las lágrimas que consuelan, había extendido sus alas sobre la frente de Dolores; la herida mortal de su alma no pudo cicatrizarse. Aquella joven de corazón fuerte, razón recta y severa, cuya fe descansaba toda sobre los más puros principios de la moral evangélica; aquella cándida entusiasta que creía encontrar á Dios en el sacerdote, porque para ella el sacerdote no era un hombre sino un ser divino; aquella amante exaltada de toda perfección ideal, poeta en el amor y en la religión, no pudo entrever sin horror profundo el abismo de lujuria y de hipocresía en que se sumergían, en nombre de Cristo, los que se llamaban sus ministros.

La duda, esta llaga roedora casi incurable que muchas veces no se detiene hasta después de haberlo destrozado todo, había atacado el alma de Dolores é hinchado su corazón de ese veneno mortal cuya herida quema y devora.

—¿Qué?—se decía con amargura—¿éstos son los representantes del Salvador? ¿éstos son los depositarios de la ley? Si Jesús en otro tiempo echó á los vendedores del templo, ¿no puede ahora desterrar á los sacerdotes inquisidores? La llama de las hogueras que encienden, ¿no se volverá contra ellos mismos para devorarlos?

Una cólera ardiente y santa trastornaba y alentaba á la vez el corazón de la joven: miraba aquel cielo tan sereno que no se conmovía por las angustias de la tierra; y pensando en su impotencia y en el terrible poder de la Inquisición, se preguntaba con terror si Dios cuidaba de sus criaturas. Había llegado á formular sus dudas, y de ahí á la incredulidad no hay más que un paso.

Por lo demás, es preciso observar que aquella época de terrores y persecuciones, fué la más fecunda en sectas diversas y absurdas. Cada una quería crearse una fe á su manera, no pudiendo persuadirse de que la verdadera fuese la impuesta por el bárbaro tormento de las llamas. Efectivamente, lo único que podía hacer creer la Inquisición era que había transportado el infierno sobre la tierra

—¡Jesús! ¡Jesús!—decía la infeliz desesperada —Tú que sólo has sabido amar y bendecir, ¿por qué sufres los crímenes de estos verdugos?

—Para purificar á los buenos—contestó cerca de ella una voz dulce y grave.

Y volviendo Dolores la cabeza hacia el lado donde salía la voz, creyó entrever la figura del mismo Jesucristo: tanta era la mansedumbre de aquella cabeza que irradiaba como una aureola de luz. Era la del apóstol.

—¡Oh, padre mío—exclamó la joven arrodillándose ante él—, iluminadme! Mi alma, horrorizada, no puede pensar más que en el mal. ¿Se ha hecho acaso el demonio dueño de este mundo?

—Hija—dijo el apóstol poniendo su mano sobre la ardiente frente de la joven, como lo hubiera hecho Jesucristo—; ¿desde cuándo la fuerza puede ser derribada por la debilidad? ¿No es débil el mal y fuerte el bien?

—No—respondió ella con voz conmovida—; el mal es el más fuerte, porque los malvados son los que oprimen y los buenos son los que sufren.

—También sufrió Jesucristo, y era fuerte porque era Dios. ¿Acaso no eres aún cristiana, ya que reniegas de Cristo?

—¡Oh, padre, perdonadme!—dijo la joven filósofa—; no tengo la fuerza de los mártires y la felicidad me parece que compete en derecho á la especie humana.

—La felicidad está aquí—dijo el apóstol poniendo la mano sobre el corazón.

—No—exclamó la joven con desesperación—, porque ni este mismo asilo es inviolable para los inquisidores..

—¿Pueden ellos comprimir las pulsaciones ó acelerar sus movimientos?—replicó el apóstol—¿pueden éstos desterrar de él una imagen querida, ó secar la fe de tus padres? ¿No sientes en ti esta fuerza sobrehumana del alma que le dice: Marcha, nada temas, ama y cree? Pueden destrozar nuestros cuerpos, pero lo que ama en nuestro interior es inmortal, porque el aliento eterno no muere.

—¡Oh, gracias, gracias—dijo Dolores bañando en lágrimas la mano que besaba del hombre de Dios—; gracias, ¡oh, vos que consolais! ¡oh, vos que parecéis un Dios!

Desasió el apóstol su mano del apretón que la sujetaba; su dulce humildad no podía aceptar aquel testimonio de deferencia, casi de adoración, que los frailes recibían, no como un homenaje, sino como un tributo.

—¡Oh!—prosiguió Dolores que comprendió su pensamiento—¡vos sois humilde, fuerte, y creéis! ¡yo también debo creer, aunque mujer débil y perseguida!

—Sí, tú debes creer, hija mía, y sufrir sin murmurar, porque eres un alma escogida. Armate, pues, de fuerza y de constancia, niña; y si Dios quiere someterte á otras pruebas, díle como aquella grande víctima que murió por su doctrina: cúmplase vuestra voluntad y no la mía.

—¡Oh! ¿quién sois? - preguntó la joven—; ¿quién sois vos, padre mío, que restablecéis la esperanza y la energía en mi corazón? Decídmelo, por Dios, á fin de que pueda repetir vuestro nombre en mis oraciones.

—Soy un humilde servidor de Dios y me llamo «Juan»—respondió el apóstol.—Cuando te sientas débil, invoca el nombre de Cristo y no el mío, porque sólo él da valor y consuelo. Pero se hace tarde, ya es hora de volverte á tu casa. Ven, yo te guiaré, y si vuelves á padecer y necesitas de algún apoyo, acuérdate de esta humilde morada, que está siempre abierta para los que lloran.

(Se continuará).

Episodios de la Guardia civil

Amanecía el día 2 de junio de 1853.

La nueva luz, penetrando por las ventanas, rejas y puertas de la cárcel de Cazorla, anunciaba á los presos la llegada de un día más que había de pasar dejando rastro en las vidas y procesos de algunos.

Un día más en las cárceles, suele ser un paso para los presidios. Un día más en los presidios, suele ser un paso para la capilla. Un día más en la capilla, es el cadalso.

El alcaide de la cárcel de Cazorla, Juan Bello Moreno, avisado también por la nueva luz de que era el momento de entregarse á los primeros trabajos del día, se vistió, como también un hijo suyo, y cogiendo un pesado manojo de llaves salió de sus habitaciones hacia el patio.

En su arrugado rostro, en su cabello cano, en su paso incierto, vacilante y lento, demostraba bien haber llegado á una avanzada edad.

Una vez en el patio, despertó á varios presos diciéndoles que se levantaran, pues debían ocuparse en la limpieza de la cárcel.

Empezó tras esto el ordinario rumor en aquel edificio, y varios presos se levantaron.

Entre éstos había dos que, mientras se arreglaban sus vestiduras, se dijeron en voz muy baja:

—Hoy nos toca limpiar... ¿qué hacemos?

—Limpiarnos nosotros de la cárcel.

—¿Te atreves?

—Me extraña la pregunta. Creo que nos conocemos bien, y ya sabes que para quien se ha visto en mayores peligros, esto es «tortas y pan pintado». ¿Tienes la navaja?

—Sí, que es grande como esperanza de ajusticiado.

Conchillo la había cosido á la costura interior del pantalón y con mano sutil la sacó de allí y ocultó bajo su blusa.

—Ya está más á mano.

—Pues con ella y nuestra buena suerte, estaremos fuera de la cárcel en menos que da un salto una pulga loca.

—Salgamos ya.

Salen en efecto y encuentran al alcaide en el patio con otros presos.

Conchillo se arroja sobre el anciano alcaide y le clava en el pecho su navaja; el feroz Blanca, no satisfecho con esto, coge un ladrillo y lo arroja, haciéndolo mil pedazos en la cabeza del confiado viejo.

Quítanle al momento las llaves, y ambos fugados de presidio dan la voz de que salgan en libertad todos los que quieran, pues ellos tienen las llaves.

Reina por un momento la mayor confusión, pero sólo otros dos se atreven á seguir á Conchillo y Blanca.

Encausados los demás, si algunos más había, por delitos leves y esperando pronta libertad, no les convenía buscarla así, porque se exponían á agravar mucho sus procesos.



Conchillo se había dado él mismo un profundo corte en su mano izquierda al herir con su navaja al alcaide; pero aunque esta circunstancia le disgustó, puso la otra mano sobre la herida para detener algo la sangre, y se lanzó con los demás á la fuga hacia la escabrosísima sierra de Cazorla.

En aquel momento, un joven salía de la cárcel corriendo desesperadamente hacia la casa-cuartel de la Guardia civil.

La rapidez de su carrera, lo demudado de sus facciones y los sollozos que exhalaba, nada bueno podían anunciar á los guardias de aquélla.

—*¡Han asesinado á mi padre, señor cabo! ¡Los presos se han fugado!*

Tales fueron las primeras palabras que dijo al que era entonces cabo segundo Ildefonso Lozano Ginés, comandante del citado puesto de Cazorla.

Ciertamente que la noticia no era de esas que permitían dilaciones; ármanse los guardias en menos de un minuto y salen á paso acelerado de la casa-cuartel el cabo Lozano y sus subordinados José Salcedo Vela, Pedro Baquerino, José Murquí y Ramón Sampedro.

Llegan á la cárcel, reconocen el punto de la fuga y Lozano nota en aquel sitio manchas de sangre.

—Un hombre va herido exclama—, sigamos el rastro; la Providencia nos lo indica en esta sangre.

Síguenlo, en efecto, y guiados por las gotas de sangre que descubrían de tiempo en tiempo sobre las piedras y las hierbas, llegan á la boca de un caño ó vía subterránea, que estaba oculta por las malezas de un espeso zarzal.

—Aquí tenemos alguno dice el cabo.

Sólo aquella providencial circunstancia pudo guiarles hasta allí.

La sierra de Cazorla es bastante triste y no tiene más que cerros y pinos. La escasa gente que en ella habita no había podido ni pudo después dar á los guardias indicio alguno de las guaridas en que se habían refugiado los criminales.

Al encontrarse con la boca de aquella oculta vía, dió uno de los guardias una fuerte voz intimando la rendición á los que se suponía estaban dentro.

Sólo el silencio más profundo contestó.

Entonces, como uno de los individuos se dispusiese á entrar, oyóse dentro una voz que dijo:

—Esperen ustedes... saldré, porque sé que estoy perdido; aunque no podía figurarme que se atreviese nadie á penetrar aquí.

Y al decir estas últimas palabras apareció el rostro demudado de Conchillo, luego el cuerpo, y ya fuera de su madriguera, empezó á lanzar fuertes y bestiales imprecaciones contra lo más sagrado.

Los guardias lo sujetan y atan.

Salen de allí y ven á dos hombres que van en precipitada carrera.

Les dan el alto; ellos se detienen, confiesan ser los fugados que iban en busca de sitio donde ocultarse, y se dejan atar sin la menor resistencia.

A las pocas horas de tan fatigosa persecución vuelven los guardias á Cazorla, y entregan loa tres presos á los Tribunales. Sin más detención, tornan á salir en busca del cuarto y más temible.

El alcalde dispuso que algunos paisanos acompañasen á los guardias, y empezó la obra.

Faltaba Pablo Blanca.

***

Dos días duraban ya las batidas por la sierra y nada se había conseguido aún.

—El criminal está cerca, pero oculto; dejará pasar algunos días para que se pierdan sus huellas y al cabo saldrá.—Esto pensaban los guardias y como la captura se hacía ya muy lenta, Lozano dijo á los paisanos:

—Ustedes tienen que dar de comer á sus familias, que viven del trabajo de ustedes. Vuélvanse á Cazorla, que nosotros sobramos para capturar al Blanca.

Hiciéronlo así los vecinos, excepto uno cuyo nombre creemos digno de publicar.

—Yo—dijo el llamado Domingo del Barco—no me separo de ustedes; tengo alma de guardia civil y aunque durara años la captura de Blanca, no volvería á Cazorla sin acompañarle preso. Cuando ustedes se exponen por bien de todos, nosotros, que estamos directamente interesados en él y podemos manejar un fusil, ¿habíamos de permanecer quietos? He dicho que tengo alma de guardia civil y acompaño á ustedes.

Nada de cuanto Lozano dijo á Barco para hacerle desistir de su proyecto, pudo vencer la porfía del paisano, que al fin acompañó á los guardias, como deseaba (1).

Al día siguiente, el cielo amaneció triste y sombrío, y á las pocas horas descargó sobre la sierra una copiosísima lluvia y granizo, que los guardias sufrieron durante horas consecutivas, hasta el punto de marchar completamente empapados en agua.

Esto, como es natural, no detuvo el minucioso registro que estaban practicando por las malezas de la montuosa sierra.

Al caer la tarde, bajaban por un inmenso cerro cuando distinguieron á regular distancia la figura de un hombre.

Este los ve también y rompe á la carrera.

Los guardias, avisados por este indicio, corren también; le dan el alto y el sospechoso no obedece; quieren disparar, y los fusiles de chispa, mojados por la lluvia, no dan fuego.

Adelántase el cabo Lozano á la carrera... lo que á continuación vamos á decir pasó en el solo transcurso de un segundo.

Alcanza á Blanca (que él era el que huía), se ase á aquel terrible criminal sobre el borde del *Barranco del Valle;* le desarma y le aprisiona con sus brazos, privándole de los movimientos ofensivos.

Blanca entonces, que no podía olvidar lo que era, ve á sus pies el barranco, distingue en su fin una grande aglomeración de malezas, conoce que éstas podrán salvarle si llega á ellas, porque harían muy dificultosa la captura; y dando con sus pies un tremendo bote en la tierra, se lanza al barranco, que tenía algunas varas de profundidad.

Posible era que el Lozano le soltase entonces y más posible todavía que, si no le soltaba, uno y otro fuesen á parar á distintos puntos del abismo, en cuyo caso Blanca podía ocultarse nuevamente.

Pero no sucedió así.

Se arrojó Blanca y llevó tras sí á Lozano; pero en el aire éste no había abierto sus brazos con que rodeaba el pecho del bandido; *unidos rodaron y unidos cayeron con rudo golpe en el fondo del barranco.*

Allí se rompió en pedazos el fusil de Lozano; allí recibió este bravo guardia contusiones graves y heridas; pero el bandido seguía oprimido por aquellos brazos y mordía la tierra rebosando coraje.

—Estás vencido—le decía el guardia—, y no quiero matarte.

Si nuestros lectores consideraran todo lo que hay encerrado en las cortas líneas que acabamos de escribir; si se hacen detallada reflexión de todas las circunstancias; de aquel salto, que llamaba Blanca *de pulga loca*, verán si bien lo examinan que hay en él una gran honra para el cabo Lozano, que la merecía con muchísima justicia.

No soltar á Blanca en el aire, conservarle sujeto en la caída y tener fuerzas para no dejarle huir después de caer en el fondo, son circunstancias que hablan muy alto en pro del citado cabo, y, por consiguiente, de la Guardia civil, que le tiene por uno de sus hijos.

Momentos después de la caída llegaron los guardias.

Y al día siguiente el criminal Blanca estaba en la cárcel con los tres fugados.

Pocos más habían pasado cuando Ildefonso Lozano Ginés fué nombrado cabo primero, en recompensa de tan importante servicio.

(1) Este honrado paisano fué después recomendado al alcalde, que le concedió una gratificación.

Criminales solicitados

Del mismo modo que el célebre falsificador Carlos Backer, cuando salió de presidio, fué solicitado por diferentes banqueros para que admitiera un importante destino, ofreciéndole una fuerte casa de banca de Chicago el exorbitante sueldo de 165.000 francos anuales, así debe ocurrir en Nueva Caledonia, por cuanto muchas personas no vacilan en confiar sus negocios á criminales del peor género, por entender que de ese modo están más garantidos. Muchos de ellos los ocupan en las factorías, en las granjas y en las casas de comercio.

También en Rusia se emplea este singular sistema en la vía férrea transiberiana. En ninguna parte del mundo se ven tantos criminales de todas clases y condiciones, puestos al servicio público. El viajero al pasar por Siberia lleva casi siempre en el tren, como maquinista, al autor de un horrible crimen; como mozo de equipajes en las estaciones, á algún ladrón; como guardafreno, á algún asesino, y en alguna estación se encontrará que el jefe de ella es una persona de horrorosa historia criminal

Según una estadística, que dicen se ha publicado hace poco tiempo, de los 11.120 empleados que hay en el ferrocarril transiberiano sólo 4.000 saben leer y escribir, siendo los demás analfabetos.

Más de 1.000 se encuentran en Siberia á consecuencia de algunos asesinatos ó algunos robos, y nada menos que 597 asesinos se encuentran ocupados como guardas, jefes de estaciones y maquinistas. Los restantes 4.000 son personas cuya historia se encuentra envuelta en el misterio y cuyo origen se desconoce, mas se supone que son criminales que han logrado hacer desaparecer las huellas de sus delitos ó se ocultan bajo otros nombres.

Necesariamente, aquellos empleados tendrán que presentar, para que se les concedan aquellos destinos, documentos tales como las licencias de presidio, en donde conste toda la historia penal, y á más, testimonio de la vida de crímenes de cada uno.

Caprichos del azar. Una *cocotte* que esperaba el Metropolitano en una de las estaciones de Londres, sintió de pronto que le quitaban el portamonedas. A los gritos de la robada acudieron los *policemen*, y el *pickpocket* fué detenido.

Al encontrarse uno frente á otro exclamaron estupefactos:

—¡Magdalena!...

—¡Carlos!...

Eran marido y mujer.

Precocidad amorosa. En París, dos muchachuelos de catorce años declararon su pasión á una chicuela de trece, que les contestó:

—¡Pero si yo os amo á los dos!

—Entonces – repuso uno de ellos—, nos batiremos.

Un cuarto de hora después caía uno de los dos enamorados para no levantarse más. Su rival le había hundido una navaja en el pecho.

Agresión al teniente coronel Zaforteza.

El día 21 fué objeto de un cobarde atentado el teniente coronel de la Dirección general D. Mariano de Zaforteza, que afortunadamente resultó ileso.

Cándido Casado Gil, que el año 88 era guardia de la compañía que mandaba el señor Zaforteza en El Escorial, fué condenado por acto de insubordinación, permaneciendo dos años en presidio.

Al cabo de tanto tiempo ha pretendido realizar su plan de venganza contra el que fué su jefe, y armado de un revólver se acercó á él cuando el Sr. Zaforteza salía de la oficina, disparándole á boca de jarro cuatro tiros, que, milagrosamente, no produjeron más que ligeras contusiones al agredido y á un capitán retirado que se encontraba en el lugar del suceso. Celebramos que tan incalificable agresión no haya tenido fatales consecuencias.

Una muda delatora.

Gracias á las incesantes gestiones que el teniente de la Guardia civil Sr. Molina ha hecho para descubrir á los autores del robo escandaloso cometido en la platería del Sr. Junquera, situada en la Acera de San Francisco, de Valladolid, los autores están ya en poder de la justicia. El Sr. Molina ha capturado en Cáceres á los ladrones, hasta hoy ignorados.

El descubrimiento ha sido dificilísimo, pues á fuerza de ingenio y paciencia se ha llegado á esclarecer el hecho por medio de Pilar Pérez, que es muda de nacimiento.

Esta ha declarado que los autores fueron: Valentín Recio (a) *Piñonero*, licenciado dos veces de presidio; el exagente de Orden público Eusebio Castillo, puesto durante muchos años al servicio del Gobierno civil de Valladolid; Claudio Fernández, licenciado de presidio también; Florentino Garrido, y Felisa Pérez, amante del *Piñonero*. Como encubridores aparecen los padres de la muda Pilar Pérez.

Esta ha dado una perfecta explicación del robo; dice que las alhajas se distribuyeron, acabado de ejecutarse, en el domicilio de sus padres, y que el robo se concertó en el penal de Burgos pocos días antes de que varios de los ladrones obtuvieran la licencia del penal.

Ha declarado también que tenían preparado otro robo en el comercio de los sobrinos de Emeterio Miguel.

La pobre muda, ante el temor de que su familia le corte la cabeza, según ella dice, ha suplicado al Gobernador señor Ordax, por medio del intérprete, que ordenara su ingreso en el Hospicio. El gobernador ha accedido al ruego.

La población entera elogia sin reservas al teniente Sr. Molina y demás fuerzas á sus órdenes, por el esclarecimiento de este hecho.



—¡Arriba, collón!... ¿Te van á entrar á última hora los escrúpulos?
—Lo que me entra es la jindama porque voy á clavarme los cascos de botella que hay encima del muro.

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.º y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como mínimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, diez y seis páginas de novelas ilustradas y encuadernables.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: **una** peseta trimestre.

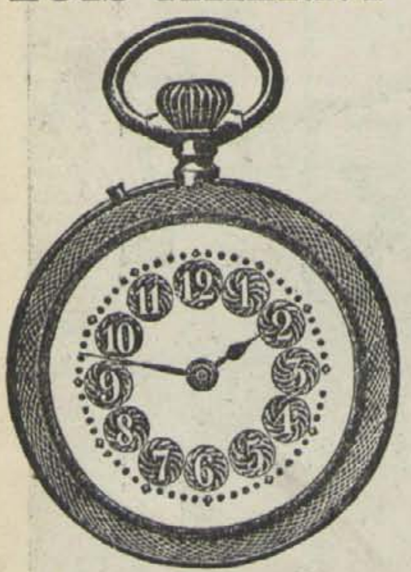
BASES DE SUSCRIPCIÓN.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del **MUSEO CRIMINAL**, apartado en Correos núm. 336. Madrid

El presente número, que consta de 12 páginas, lleva adjuntas 8 de LOS DRAMAS DE PARÍS y otras 8 de LOS TRES MOSQUETEROS.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY — **Fuencarral, 59.—Madrid.**



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**.
Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas**.

En 4 plazos.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina extra, de acero azul extra, **20 pesetas**.
Con estuche y gran cadena dorada.

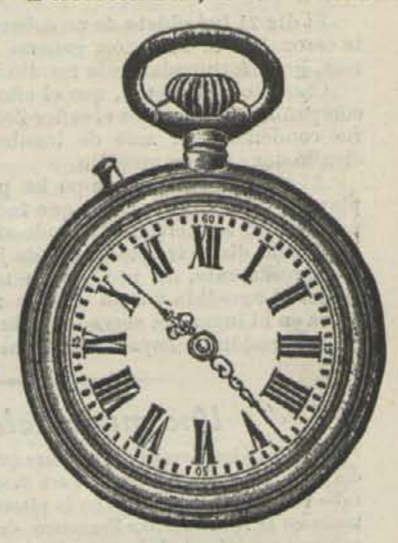
En 4 plazos.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**
Los pedidos al Sr. Thierry, Fuencarral, 59, Madrid.
NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Regulador Patent.

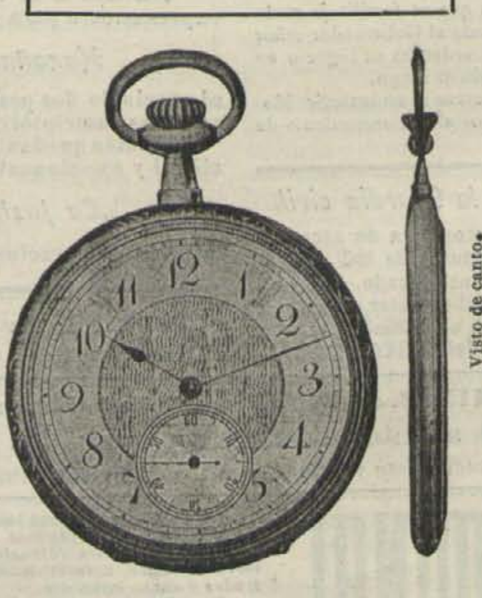
De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.
En acero azulado............ ...... **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano)..... **25** —
Idem en plata... .... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

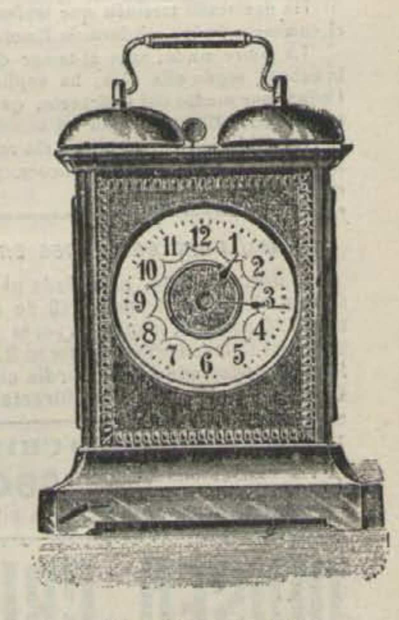
Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Visto de canto.

Reloj elegancia novedad.
El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas**. Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.**
En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.
Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY: quienlos mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.